

CAPÍTULO XXIX

(1530 — 1542)

Cristóbal de Oñate ocupa interinamente el gobierno de la Nueva Galicia á la salida de Nuño de Guzmán. — El licenciado de la Torre es nombrado gobernador. — Muere de resultas de la caída de un caballo. — Vuelve Cristóbal de Oñate al gobierno. — Nombra el rey para suceder al licenciado de la Torre á Francisco Vázquez de Coronado. — El virey encarga á Coronado la conquista de Cibola y Quibiria. — Queda Oñate por gobernador interino. — Conspiraciones y sublevaciones en los pueblos de la Nueva Galicia. — Pide Oñate auxilio al virey. — Tiénese noticia de una escuadra de Pedro de Alvarado. — Relación de lo que había hecho Pedro de Alvarado desde su vuelta á Guatemala. — Cómo ocupó el gobierno. — Apresta una armada para descubrimientos en la mar del Sur. — Se embarca en ella y va á las costas del Perú. — Su encuentro con Francisco de Pizarro. — Vende la armada á Pizarro y se vuelve á Guatemala. — Llega á esa ciudad el oidor Maldonado como juez de residencia. — Excúsase Alvarado de contestar. — Va á México y de allí sale para España. — Es bien recibido por el emperador que le concede algunas mercedes. — Contrae segundas nupcias y se vuelve á Guatemala. — El oidor Maldonado le entrega el gobierno. — Apresta otra armada para descubrimientos en la mar del Sur. — Embárcase y llega al puerto de Navidad. — De allí va por tierra á México para hablar con el virey. — Encuéntrase en Tiripitío. — Contrato de compañía celebrado entre Alvarado y Mendoza. — Regresa Alvarado á Navidad en busca de su armada. — Encuéntrale en Zapotlán el comisionado de Oñate. — Dispone Alvarado las tropas que deben auxiliar á los pueblos de la Nueva Galicia. — Marcha en socorro de Guadalajara. — Llega á la ciudad y dispone salir sobre los sublevados. — Opónese Oñate á esa determinación. — Insiste Alvarado y sale para Nochistlán. — Los españoles son rechazados de aquel punto y se retiran. — Un caballo cae sobre Pedro de Alvarado. — Muerte de Alvarado. — Los sublevados marchan sobre Guadalajara. — Ataque de la ciudad y heroica defensa que hace Oñate. — Batalla decisiva. — Triunfan los españoles y retíranse los sublevados. — Sale de México el virey á pacificar la Nueva Galicia. — Requiérese de paz á los insurrectos. — Término feliz de la campaña. — Crueldad de don Antonio de Mendoza. — Regresa á México. — Memorable cacería en los llanos del Cazadero. — Fúndase la ciudad de Valladolid. — Expedición marítima de Juan Rodríguez Cabrillo.

Sucedió á Nuño de Guzmán en el gobierno de la Nueva Galicia interinamente Cristóbal de Oñate, hasta que llegó á Tonalá el licenciado Diego Pérez de la Torre, nombrado por el emperador juez de residencia de Nuño y gobernador de la Nueva Galicia; pero poco duró en aquel encargo, porque en una de las entradas que contra algunos indios rebeldes tuvo que hacer, cayó su caballo, y tomándole debajo, de tal suerte le dejó maltratado, que llegó moribundo al pueblo de Tetla y espiró allí señalando por su sucesor á Cristóbal de Oñate ¹.

El virey Mendoza obtuvo del emperador que nombrase para gobernador de la Nueva Galicia á Francisco Vázquez de Coronado, que estaba casado con una hija de Alonso de Estrada, tesorero que fué y gobernador de la Nueva España.

Poco tiempo después de haber llegado á la Nueva Galicia Coronado, movióse el proyecto para la expedición á las nuevas tierras de Cibola y Quibiria. Coronado volvió á México á tiempo que también llegó allí fray Marcos de Niza.

Salió la expedición; acompañóla don Antonio de Mendoza hasta Compostela, de donde regresó á México,

¹ No se sabe á punto fijo la fecha de ese acontecimiento desgraciado; Mota Padilla lo coloca en el año de 1538.

y quedó por gobernador de la Nueva Galicia por tercera vez Cristóbal de Oñate.

Los teules y algunos otros pueblos no habían llegado á darse tranquilamente por vasallos del rey de España; á cada momento brotaban sublevaciones que era preciso sofocar á mano armada, sometiendo á los insurrectos después de combates más ó menos reñidos y á costa siempre de gran derramamiento de sangre.

Pero estos triunfos no extinguían el fuego de la insurrección, ni á impedir bastaban la sorda y perpétua conspiración de aquellos hombres que no podían consentir el yugo de la servidumbre.

La marcha de Vázquez de Coronado, la salida de tan gran número de tropas españolas, que cada día se alejaban más y más, y quizá el descontento que no cuidaban de ocultar algunos viejos partidarios de Nuño, prestó aliento á los naturales de la tierra y oportuna coyuntura les ofreció para hacer un poderoso levantamiento proclamando su libertad.

Cuenta la tradición que los indios se decidieron en aquella vez á levantarse, impelidos por un suceso que á primera vista parece insignificante, pero al que prestaban grandes proporciones las supersticiosas creencias de aquellos pueblos.

Celebraban un día los naturales una de sus fiestas bailando una danza conocida con el nombre de Texicoringa, que consistía en bailar en derredor de un calabazo hueco.

Repentinamente una ráfaga de viento arrebató el calabazo sin que pudiera volver á encontrarse; confusos los indios, consultaron á las viejas hechiceras la significación de aquello, y ellas contestaron que era un anuncio del cielo para que se levantaran, porque arrojarían á los españoles como el viento había arrebatado el calabazo.

Esto debe haber tenido gran influencia en los indios para la sublevación, pues no es raro encontrar en la historia de los romanos el caso de un combate empeñado ó aplazado porque los pollos sagrados querían ó no tomar el alimento, y los pueblos en el período teológico, sea cual fuere la raza á que pertenezcan, se han movido fácilmente bajo la influencia de esos augurios.

Cristóbal de Oñate, el gobernador, y todos los españoles de la Nueva Galicia comprendieron el peligro que les amenazaba y aun escribieron sobre eso al virey. Los síntomas que anunciaban la próxima insurrección eran tan claros, que puede decirse que más bien eran el principio de ella. Negábanse á pagar los tributos y á servir y reconocer á los encomenderos los de la sierra de Tepic, los del valle de Tlaltenango, los del río de Juchipila y los de Nochistlán y Teocaltiche.

El domingo de Ramos de 1541 hubo el primer encuentro entre las tropas del capitán Miguel Ibarra y unos insurrectos cerca del Mixtón. La suerte fué contraria á los españoles, que desbaratados y vencidos huyeron, escapando muy pocos de la muerte, y los cuales llegaron á la ciudad de Guadalajara esparciendo por toda ella el espanto y la confusión.

Poca gente tenía Oñate para defenderse; pero á pesar de eso hubo necesidad de aprestarse para el combate, porque no había modo de abandonar la ciudad llevando mujeres y niños, y aquella era una guerra sin cuartel.

En medio de esa terrible situación recibió Oñate cartas de Culiacán, Compostela y la Purificación, avisándole que todas aquellas provincias se habían alzado en guerra contra los españoles.

Reunió el gobernador al ayuntamiento, hízole presente el estado de las cosas, y convinieron en que saliese un comisionado á pedir socorro al virey.

Atrevióse á tan peligrosa aventura el capitán Diego Vázquez, que acompañado de dos soldados salió á media noche de la ciudad de Guadalajara.

Por estos días había llegado por el puerto de Navidad la noticia de que el adelantado de Guatemala, don Pedro de Alvarado, venía por la mar del Sur con una poderosa armada y en expedición para descubrir y conquistar en las islas y tierra firme.

Juan Fernández de Hajar, que gobernaba la villa de la Purificación, escribió inmediatamente á Pedro de Alvarado, noticiándole la desesperada situación de los españoles en Nueva Galicia y pidiéndole, en nombre de Jesucristo y del emperador Carlos V, que se apresurase á socorrerlos. Conmovióse Alvarado, y dispuesto á dar el auxilio que se le pedía, preparó gente de desembarco y se dispuso á ir en persona á socorrer á Cristóbal de Oñate.

Pedro de Alvarado, después de las grandes contrariedades y profundos disgustos que había tenido que sufrir en México con Salazar, con Chirino y con los oidores de la primera Audiencia, regresó á Guatemala en abril de 1530, encontrando aquella provincia en discordia y desorden y víctima de la codicia y tiranía de Francisco de Orduña, enviado desde México con el carácter de juez de residencia de Jorge de Alvarado.

Huyó Orduña de Guatemala seguido de algunos de sus parciales, y Pedro de Alvarado comenzó á ocuparse del gobierno y á dedicarse á la construcción de una armada que llegó á formar de ocho navíos, con los cuales salió del puerto de Amapala el 31 de enero de 1534 con intención de hacer algunos descubrimientos en la mar del Sur.

Llevóle la suerte hasta Puerto Viejo, en las costas del Perú, donde por casual encuentro con don Diego de Alvarado supo la desgracia en que se encontraba don Francisco de Pizarro, derrotado por los indios cerca de Túmbez.

Llevaba don Pedro de Alvarado en aquella expedición ochocientos hombres de infantería y doscientos jinetes. Pidióle Pizarro que le favoreciera en aquel trance, y Alvarado le vendió sus navíos en cien mil pesos de oro; dejóle, como auxilio, quinientos hombres, y llegó de regreso á Guatemala en abril de 1535.

Ocupábase en pacificar su gobernación, extender los límites de ella y disputar la provincia de Honduras con el adelantado Francisco Montejo, cuando llegó como visitador y juez de residencia el oidor de la segunda Audiencia de México Alonso Maldonado.

Pedro de Alvarado antes de consentir en aquel juicio, mañosamente protestó contra él, y dando fianza á satisfacción del juez, marchóse para México y de allí á España, quedando mientras en el gobierno el mismo visitador Alonso Maldonado¹.

Más feliz que Cortés, Alvarado, en su segundo viaje á España, obtuvo del rey grandes mercedes y celebró capitulación con él para descubrir, conquistar y poblar en la mar del Sur². Alcanzó del papa dispensa para contraer matrimonio con doña Beatriz de la Cueva, hermana de doña Francisca, su mujer, que había muerto en Veracruz, y después de celebrado

¹ FUENTES Y GUZMÁN. — *Historia de Guatemala ó Recordación florida*, tomo I, pág. 135. (Biblioteca de americanistas).

² *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIV, pág. 537.

ese matrimonio volvió á Guatemala arribando á Puerto Caballos en 4 de abril de 1539.

La llegada de Alvarado á Guatemala produjo algunas perturbaciones, aunque ligeras, porque no faltó en el ayuntamiento quien se opusiese á dar por bueno el nombramiento que traía para gobernador y la capitulación para los descubrimientos, no habiendo terminado todavía el juicio de residencia.

Dejó Alvarado hablar á sus opositores, y para terminar la cuestión presentó una cédula firmada por el

rey el 22 de octubre de 1538, en la que se ordenaba al licenciado Maldonado, juez de residencia, recibiese por gobernador al adelantado y no le pusiese obstáculo bajo ningún pretexto.

El 19 de mayo de 1540 anunció el adelantado al cábildo que iba á hacer una expedición marítima en demanda de las islas de la Especiería, y nombró por su teniente gobernador, por las facultades que para ello tenía del rey, á su cuñado don Francisco de la Cueva, que era al mismo tiempo su yerno por estar casado con



Francisco de Pizarro, conquistador del Perú

doña Leonor de Alvarado Xicoténcatl, hija natural de Pedro de Alvarado y de doña Luisa Xicoténcatl, que era hija del señor de Tlaxcala ¹.

Embarcóse Alvarado llevando á la expedición doce velas con gran número de gente de tierra en los primeros días del mes de junio de 1540 en el puerto de Acaxutla. Antes de salir de Guatemala el adelantado, rogáronle el ayuntamiento y los principales vecinos que llevase consigo en aquel viaje á los desgraciados Sinacám y Sequechul, antiguos reyes de Guatemala y de

Utatlán, que hacía más de diez y seis años que estaban prisioneros en poder de los españoles, y de quienes se temía que acaudillasen una sublevación durante la ausencia de Alvarado. Convino éste en hacer lo que se le pedía, y los señores de Utatlán y Guatemala fueron embarcados con otros caciques de cuya fidelidad se recelaba ¹.

Eran las velas que llevaba Pedro de Alvarado, nueve navíos, una galera, una fragata y una fusta; nombrábanse los navíos *Santiago*, que era la capitana; *San Francisco*, *San Jorge*, *San Antón*, *Diosdado*,

¹ Del matrimonio de don Francisco de la Cueva y doña Leonor Xicoténcatl procedieron las familias de Alvarado, Villacreses, Cueva y Guzmán, muy influyentes en Guatemala en los siglos XVI y XVII.—FUENTES Y GUZMÁN.—*Recordación florida*.

¹ FUENTES Y GUZMÁN.—*Historia de Guatemala*, tomo I, páginas 148 y 152.

Juan Rodríguez, Alvar Núñez, Antón Hernández y Figueroa ¹.

La fragata, la fusta y la galera no tenían, á lo que parece, nombre particular. Varóse la fragata al pasar por el puerto de Acapulco, y las once velas restantes arribaron al puerto de Santiago de Buenaventura de Colima, hoy el Manzanillo, en donde permanecieron ancladas mientras Pedro de Alvarado celebraba un «asiento y capitulación de compañía con el virey don Antonio de Mendoza.»

Llegó Alvarado por el rumbo de Colima, salió á recibirle el virey, y encontráronse en Michoacán en el pueblo de Tiripitío, en donde está fechada la escritura del convenio celebrado entre ellos.

Formóse un contrato de compañía por el cual Mendoza daba á Alvarado la cuarta parte de los aprovechamientos de todo lo que Francisco Vázquez de Coronado, que en aquella sazón andaba por Cibola, hubiera conquistado ó pacificado hasta esa fecha en aquella nueva tierra, y la mitad de lo que en adelante se aprovechase. Respecto á los descubrimientos por mar, el virey daba á Alvarado la cuarta parte de los aprovechamientos que hubiese por los descubrimientos de Alarcón hasta la fecha del contrato y la mitad en lo sucesivo.

Alvarado cedió al virey la mitad de los aprovechamientos que en lo sucesivo hiciese y además la propiedad de la mitad de su armada, pertrechos, velas, aparejos, armas, aderezos y bastimentos pertenecientes á ella.

Los gastos hechos hasta aquel día íbanse los unos por los otros sin que ninguno pudiese cargar al otro ninguna cantidad de las que había desembolsado; pero en lo sucesivo todos los gastos se harían por mitad.

Aquella compañía debía durar veinte años ².

Terminado ese arreglo, regresó Alvarado para el puerto de Colima con objeto de continuar su expedición; pero esperando la fragata que había varado en Acapulco, ó porque las naos necesitaran alguna reparación, ó, lo que es más probable, aguardando para darse á la vela que

¹ Quizá muchos de estos nombres se les daban por el capitán ó piloto, y hace más segura esta suposición, que una de las naos se llamaba *Juan Rodríguez*, siendo Juan Rodríguez Cabrillo el que la dirigía, y aparecer después entre esa misma escuadra de Pedro de Alvarado por documentos posteriores los nombres de *San Salvador* y la *Victoria* aplicados á dos navíos.

Los nombres que pongo en el texto son los que se dan á las naos en el asiento y capitulación de compañía que celebraron don Antonio de Mendoza, virey de Nueva España, y el adelantado don Pedro de Alvarado, sobre el descubrimiento que éste ofreció hacer en el mar del Sur, dando una parte al virey. Hecha en el pueblo de Tiripitío de Nueva España á 29 de diciembre de 1540.—*Documentos inéditos de Indias*, tomo XVI, pág. 342.

² Firmóse esta escritura en el pueblo de Tiripitío el lunes 29 de noviembre de 1540, siendo testigos don Francisco de Marroquín, primer obispo de Guatemala; el oidor Alonso Maldonado, el veedor Peralmindez Chirino, Gregorio López, Hernán Pérez de Bocanegra y Antonio de Zárate, jurando sobre los evangelios Mendoza y Alvarado y haciendo pleito homenaje en manos de don Luis de Castilla, caballero de la orden de Santiago.—*Documentos inéditos de Indias*, tomo XVI, pág. 342.

pasara el invierno y con él los recios temporales del Pacífico, el adelantado permaneció en Zapotlán hasta fines de abril ó principios de mayo, en que le alcanzó la carta que de la villa de la Purificación le escribía implorando su auxilio Juan Fernández de Hajar y Juan de Villareal, enviado por el gobernador, que le hizo la misma súplica en nombre de Oñate y de los demás españoles.

Alvarado dispuso inmediatamente que un capitán de los suyos, con cincuenta hombres, saliese en auxilio de Juan Fernández de Hajar, otro con veinticinco españoles fuese á Etzatlán, otro con otros tantos soldados al valle de Tonalá y dejando en Zapotlán un capitán con cincuenta soldados, se encaminó él, con cien hombres escogidos, para la ciudad de Guadalajara.

Entre tanto Cristóbal de Oñate había mandado al capitán Miguel de Ibarra hacer un reconocimiento á Teocaltiche y Nochistlán por ser el encomendero de esos pueblos; pero nada consiguió Ibarra, porque los caciques y los naturales le recibieron en son de guerra, y tuvo necesidad de retirarse, dándole á aquella insurrección mayor carácter de gravedad, las circunstancias de que los caciques insurrectos y la mayor parte de esos hombres eran ya cristianos, bautizados con nombres españoles, y no había esperanza de reducirlos y pacificarlos por medio de la predicación de los religiosos.

Llegó Alvarado á Guadalajara el 12 de junio de 1541. Recibieronle el gobernador, el ayuntamiento y los vecinos como á quien traía la salvación, é informáronle minuciosamente del estado en que se encontraban la plaza y las posiciones y fuerzas de los insurrectos.

El gobernador de Guatemala, acostumbrado á vencer en los combates que había tenido contra los indios, confiado en la clase de hombres que traía á su servicio y seguro de un éxito favorable, culpó al gobernador Oñate y á los vecinos de la ciudad de poco animosos, ofreció acabar en pocos días con los sublevados y determinó salir á campaña contra ellos con sólo la gente que había traído, prohibiendo severamente que le acompañasen Oñate ó alguno de los suyos, no queriendo quizá que le arrebatasen parte de gloria en el gran triunfo que por tan seguro contaba.

Vanas fueron las reflexiones y las súplicas de Oñate y del ayuntamiento de Guatemala para mover el ánimo de Alvarado, no para que les admitiese en su compañía, pero siquiera para que difriese el principio de la campaña hasta pasada la estación de las lluvias que, muy abundantes y continuas, ponían los peligrosos caminos de la sierra verdaderamente intransitables, no sólo para la gente de á caballo, sino para la misma infantería.

Todas esas reflexiones no hacían más que irritar el indómito carácter del adelantado, y sin querer

escuchar más púsose en camino con su gente para Nochistlán.

Despidióse Alvarado de los que quedaban en la plaza diciéndoles: «la suerte está echada, yo me encomiendo á Dios,» y se encaminó para Nochistlán con ánimo de atacar á los que allí estaban fortificados. Cristóbal de Oñate, conocedor de aquella guerra, comprendió lo que iba á pasar, y dejando la ciudad lo mejor guardada que pudo, salió en pos de Alvarado con



Pintura 144 del códice Vaticano representando la historia del sitio del fuerte de Nochistlán ¹

veinticinco jinetes en observación de las operaciones militares de aquel jefe; pero procurando no ser sentido

¹ Esta pintura ha sido interpretada en México por don Fernando Ramírez en un sentido y por don Eufemio Mendoza en otro; ambos han visto en ella sólo la muerte de Pedro de Alvarado, pero á pesar de que García Icazbalceta dice en su *Historia de Zumárraga* que la inteligencia y sagacidad de Ramírez en esta interpretación no puede ponerse en duda, yo leo el jeroglífico de distinta manera y le doy la siguiente interpretación:

Figura número 1. Fecha del acontecimiento: diez discos y una casa, *matlactli*, diez, *calli*, casa, diez casas símbolo del año 1541.

Fig. núm. 2. Guerrero indio, representando á los sublevados en un campo en donde se ve un nopal con unas tunas (*opuntia*

por él ni por sus gentes, temeroso de su disgusto y mala voluntad ¹.

Siete albarradas guardaban la entrada del pueblo y alturas de Nochistlán, y esperando tras ellas al enemigo una resuelta muchedumbre de hombres y mujeres armados con flechas, varas y piedras.

Acometió Pedro de Alvarado, y veinte españoles murieron en aquel encuentro, apoderándose los insurrectos de los cadáveres, que hechos pedazos arrojaron desde sus trincheras. Volvió á acometer el adelantado, y otros diez sucumbieron en aquel infructuoso empeño; no quiso retirarse, sin embargo, y entonces los asaltados tomaron la iniciativa, y saliendo en gran número de todos sus atrincheramientos con tan irresistible empuje arremetieron contra los españoles que les obligaron á retirarse.

Empresa difícil y en alto grado peligrosa era

vulgaris, higuera chumba) indicando que aquel lugar es Nochistlán, como vulgarmente se le ha llamado, ó *Nochtlan*, como propiamente le llama el cacique Acatzittli, y es palabra compuesta de *nochtli*, tuna, y *tlán*, lugar.

Fig. núm. 3. Albarradas ó parapetos de piedra que tenían los defensores.

Fig. núm. 4. Jeroglífico de agua representando los pantanos que rodeaban el cerro.

Figs. núms. 5 y 6. La figura 5 representa á Pedro de Alvarado que atacó el fuerte, y la 6, el sol, en mexicano *tonatiuh*, indica que aquella figura es Pedro de Alvarado, á quien los indios llamaban *tonatiuh*. Es decir, es el nombre del guerrero español escrito en un jeroglífico. Falta, quizá por el mal trato que ha sufrido el original á causa del tiempo, la línea de unión que acostumbraban poner los indios entre una figura y el jeroglífico que decía el nombre de ella.

Fig. núm. 7. Un pájaro con fuertes garras y el pico corvo; no puede ser papagayo porque en el original está pintado amarillo y no rojo ó verde; es, pues, un ave de presa, un gavilán, como le llamaron en Nueva España, ó halcón, como les llamaron los españoles, que los buscaban con empeño por encargo del emperador Carlos V. El halcón está parado sobre una de las albarradas. Herrera, *Década VII*, lib. II, cap. XI y Beaumont, cap. IX de la parte segunda de la *Crónica de Michoacán*, refieren el violento y atrevido asalto que dió á las albarradas el capitán Falcón, que murió allí en unión de otros soldados españoles, y aunque este episodio no lo mencionan como importante otros historiadores, debe haber causado grande impresión al autor de la pintura, quizá por haberse encontrado allí ó por la relación que se le hizo de aquel suceso. El pájaro representa un halcón y simboliza el ataque del capitán Falcón muerto en las albarradas.

Tanto este halcón como la figura de Pedro de Alvarado están vueltas hacia fuera del campamento de los sublevados, indicando que fueron rechazados.

Figs. núms. 8 y 9. La figura 8 representa á don Antonio de Mendoza atacando á los sublevados, y la 9 es el jeroglífico en que está escrito su nombre unido á la figura por una línea. Este jeroglífico, descifrado perfectamente por don Eufemio Mendoza, se forma de un maguey (agave mexicana), llamado por los mexicanos *metl*, y un animal, especie de topo, nombrado por ellos *tozan* (vulgarmente *tuza*); formando la palabra queda *metozan*, Mendoza.

Fig. núm. 10. Grupo formado de un religioso que bautiza á un hombre arrodillado, simbolizando que el tiempo definitivo quedó por los cristianos porque sojuzgada ó vencida una provincia los españoles imponían á los habitantes de ella la religión cristiana, y esto era representado por el bautismo que pedían y recibían los vencidos; de manera que recibir el bautismo era indicio de sumisión á los españoles, y esta sumisión después de un combate dice triunfo de los cristianos.

Es, pues, este jeroglífico la historia de los sublevados de Nochistlán desde el ataque de Pedro de Alvarado hasta el completo triunfo de don Antonio de Mendoza, arriba del cual se ve la figura del religioso bautizando, como para indicar que fué el vencedor.

¹ *Fragments de la Historia de Nueva Galicia*, por fray Antonio Tello, capítulo XXIII.—*Colección de documentos de García Icazbalceta*, tomo II, pág. 387.

aquella retirada delante de un enemigo que constantemente redoblaba sus ataques y que tenía en su favor un terreno escabroso y que las lluvias habían hecho casi impracticable, y en donde los caballos, atascándose ó resbalando eran, más que un auxilio, un estorbo para los españoles.

Marcharon así por más de tres leguas: Alvarado á pié, y con su espada hacía frente al enemigo con los infantes, protegiendo la retirada de los españoles.

Llegaron de esta manera á una empinada cuesta, á la que encumbraban uno en pos de otro por angosta y difícil vereda; Alvarado caminaba á pié y delante de él subía Baltasar de Montoya, natural de Sevilla y escribano del adelantado.

Montoya arreaba su caballo fatigado, que delante de él y con gran dificultad trepaba por aquella senda. Repentinamente aquel animal tropezó, perdió la tierra y rodó por el abismo, arrebatando en su caída á Pedro de Alvarado.

El choque había sido tan violento y tan espantosa la caída, que cuando llegaron en su auxilio estaba moribundo, arrojando sangre por la boca y apenas podía hablar. Llegóse á él don Luis de Castilla preguntándole qué le dolía.—«El alma, contestó Alvarado; ¡venme á do confiese y la cure con la resina de la penitencia!»¹

Sobre un pavés fué llevado el moribundo gobernador de Guatemala al cercano pueblo de Atenguillo, habiendo ocurrido ese suceso el 24 de junio de 1541.

Todavía vivió Alvarado hasta el 4 de julio, que murió en Guadalajara en casa de Juan del Camino, otorgando testamento cerrado ante el escribano público, Diego Hurtado de Mendoza, ordenando en su lecho de muerte á los capitanes y soldados que le acompañaban volviesen con la armada á Guatemala para entregarla á su mujer doña Beatriz de la Cueva, y á los jefes de los destacamentos que había dejado en Zapotlán, Autlán, Etzatlán y Chapala, que permaneciesen en sus puestos hasta que otra cosa se dispusiese por el virey².

Con la muerte de Pedro de Alvarado aumentóse la angustia de los vecinos de Guadalajara, porque además de que crecieron el ánimo y el orgullo de los insurrectos, las tropas del adelantado se retiraron para Zapotlán, quedando la ciudad no más con treinta soldados.

Envió Oñate nuevo correo á pedir auxilio al virey, y á fines de julio llegó el socorro compuesto de cincuenta hombres de á caballo y por su jefe el capitán Juan de Mucibay. Con ese auxilio contaba ya el gobernador Oñate ochenta y cinco hombres; pero la insurrección había cundido tomando colosales proporciones, y todos los pueblos prestaban sus tropas para ir sobre la ciudad.

Procuró el gobernador fortificarse preparándose para la defensa, y el 29 de junio una innumerable multitud de enemigos apareció por todos los caminos y veredas que conducían á Guadalajara.

La relación de ese sitio y de la defensa que hizo Oñate, causa admiración por el arrojo y fiereza con que los indios atacaban y por la heroica resistencia que los hombres y las mujeres españolas hacían en la ciudad. Pequeño era el recinto fortificado, incontables los asaltantes; la superioridad del armamento y la ventaja de las posiciones equilibraban el combate é hicieron por mucho tiempo vacilar la suerte¹.

Aquellos indios, desnudos y sin más armas que las flechas, las picas y las piedras se arrojaban sobre las puertas del campamento; horrible era el efecto que en aquella compacta muchedumbre hacían los proyectiles de la artillería española, que se embotaban materialmente en una masa de carne humana. Las frecuentes salidas de la caballería causaban un sangriento estrago en los insurrectos, y ni éstos desmayaban de su empeño ni los sitiados daban muestras de debilidad, excitándose mutuamente al combate con feroces insultos y con pavorosas amenazas. Ni unos ni otros esperaban cuartel ni misericordia después de vencidos; ni unos ni otros tenían esperanza más que en el triunfo.

Por fin, Oñate determinó resolver la situación con una batalla, jugando el todo por el todo en una salida general; lloraban las mujeres mirándose expuestas á quedar solas en la ciudad; animaba el gobernador á sus capitanes presentándoles aquel combate como el último recurso de salvación, y preparaban, sombríos los soldados, sus caballos y sus armas para aquel último y angustiado trance.

Llegó el momento, desprendiéronse las tropas españolas de la ciudad y comenzó un combate verdaderamente legendario que se prolongó por espacio de tres horas; quince mil indios cubrieron con sus cadáveres los alrededores de la ciudad, huyó el resto, y los que cayeron prisioneros fueron llevados en medio de la plaza, en donde unos fueron ahorcados, á otros se les cortaban las narices ó las orejas, las manos ó los piés, vertiendo sobre sus heridas como medicina ó tormento aceite hirviendo, y otros fueron herrados como esclavos².

La ciudad se había salvado, pero el peligro no desaparecía; toda la Nueva Galicia estaba envuelta

¹ Mucho ponderan los historiadores Tello, Mota Padilla y otros el arrojo de Beatriz Hernández, mujer del capitán Juan Sánchez Olea, que alentaba á los españoles, se batía como un hombre y mató personalmente á uno de los asaltantes. Hablando de ella dice el cronista fray Antonio Tello: «La Beatriz Hernández sacó á todas las mujeres de la iglesia que estaban desmayadas, diciendo:—Ahora no es tiempo de desmayos,—y las llevó á la casa fuerte y las encerró. Traía esa señora un gorguz ó lanza en la mano, y andaba vestida con unas coracinas ayudando á recoger toda la gente y animándoles y diciéndoles que fuesen hombres, que entonces verían quién era cada uno, y luego se encerró con todas las mujeres y las capitaneó y tomó á su cargo la guarda de la huerta, puestas sus coracinas con su gorguz y un terciario colgado en la cinta.»

² FRAY ANTONIO TELLO.—Obra citada, pág. 410.

¹ FRAY ANTONIO TELLO.—*Historia de Galicia*, lugar citado.

² Fué enterrado el gobernador de Guatemala en la segunda Guadalajara; después se exhumaron sus restos y se llevaron á Tiri-pitío, de allí los trasladaron á Santo Domingo de México y después á Guatemala.

en aquel terrible levantamiento, y los vecinos de Guadalajara, espantados del gran peligro que habían corrido, instaban al gobernador y al ayuntamiento á cambiar el asiento de la ciudad, trasladándola á punto en que más cercano tuviese el auxilio y menos expuesta se hallase á los ataques de los sublevados.

El 1.º de octubre de 1541 se determinó mudar la ciudad, nombrándose á Miguel de Ibarra y á Juan del Camino para que, acompañados de seis de á caballo, saliesen en busca del sitio á propósito para el nuevo asiento de Guadalajara.

Poco tardaron esos comisionados en encontrar lo que deseaban, eligiendo el valle de Atemajac ó de Toluquilla, en donde se publicó el bando del teniente gobernador Cristóbal de Oñate para que compareciesen los que quisieran ser pobladores y se repartiesen entre ellos los solares.

Don Antonio de Mendoza, noticioso de lo que acaecía en la Nueva Galicia y considerando ser necesario en aquel caso un gran remedio, no sólo para sofocar aquella sublevación, sino para impedir que el fuego de ella cundiese entre todos los naturales del país, acordó salir en persona con escogida tropa para emprender aquella que propiamente podía llamarse nueva conquista de la Nueva Galicia.

Con seiscientos españoles y crecido número de indios aliados salió de México el virey el 1.º de octubre de 1541, según dice en su sencilla relación de esa jornada don Francisco de Sandoval Acaztili, cacique y señor del pueblo de Tlahmanalco, en la provincia de Chalco, y jefe de los chalcos, que de los pueblos de Ameca, Tenango, Xochimilco y Tlahmanalco fueron como auxiliares del virey á la pacificación de la Nueva Galicia.

Sin grandes dificultades atravesó Mendoza con sus tropas por las provincias de Matlalcingo, hoy valle de Toluca, Michoacán y parte de la Nueva Galicia. Llegando á Tototlán comenzaron los sublevados á presentarle combate, y fué, sin interrupción, luchando por todos aquellos caminos desde el valle de Coinán hasta la fortaleza de Mixtón, y reduciendo á los de Juchipila y sus comarcas.

Antes de comenzar las operaciones por el rumbo de Nochistlán, envió don Antonio de Mendoza al capitán Miguel Ibarra y al padre fray Martín de Jesús, con un escribano, á requerir de paz á los indios, conforme á las reales cédulas, que disponían que no se emprendiese ninguna campaña sin hacer antes este requerimiento.

Camaron aquellos comisionados hasta Juchipila por un lado, dando vuelta para el rumbo de Etzatlán y volviendo después á incorporarse con Mendoza, preguntando por todas partes el dicho requerimiento, el cual comenzaba por una explicación compendiada de la doctrina cristiana; después seguía haciendo la relación de los males causados por los insurrectos, haciéndoles

cargo de haber matado en el pueblo de Apozol á un español llamado Francisco; apedreado y echado de Tlaltenango á Gonzalo Varela y á un compañero suyo; matado después en el pueblo á Francisco López y herido á Tiburcio Bolaños; haber conspirado para matar á todos los religiosos y españoles que había en Juchipila, enumerándose después algunos otros de esos asesinatos, y terminaba el requerimiento amenazándoles con la guerra si no querían darse de paz, y presentándoles el ejemplo de México y de Michoacán, que con ser reinos tan poderosos no habían podido resistir á los españoles.

No produjo resultado alguno favorable aquel requerimiento, y estuvieron en riesgo los comisionados de morir á manos de los indios¹.

Pacificó Mendoza á Tequila y Ahuacatlán; llegó hasta Jalisco y Etzatlán, y dió por terminada la campaña, permitiendo á los aliados que le acompañaban que regresasen á sus pueblos y dejando en libertad á los soldados de Pedro de Alvarado, que aun permanecían en sus destacamentos, para que se embarcasen ó quedasen poblando la Nueva España.

La adaptación del organismo al medio en que se desarrolla ó al que se trasplanta es una ley indudable, no sólo en el orden material, sino en el que llama moral la escuela metafísica. El caballeroso y prudente virey don Antonio de Mendoza, que seguramente se había horrorizado en España escuchando en las relaciones de las Indias que los conquistadores arrojaban furiosos lebreles sobre los desnudos indios para verles despedazados espirando, como en tiempo de los Césares morían en el circo los cautivos entre las garras de las bestias feroces, en la expedición de la Nueva Galicia no sólo hizo ahorcar y mutilar, lapidar y herrar por esclavos á muchos de sus prisioneros, sino que también mandó *aperrear* algunos. Terrible ejemplo del contagio moral que en el cerebro más bien organizado puede producir el ejemplo ó la relación continua de una virtud ó un vicio².

Pretendió el virey pasar á Culiacán y también internarse en el Nayarit; pero disuadiéronle Oñate y los que le acompañaban representándole el mal estado de los caminos y lo peligroso de aquella empresa; sobre todo le pintaban la inutilidad de exponerse á tanta fatiga y trabajo, cuando ya voluntariamente comenzaban á presentarse los insurrectos de todos los pueblos de la Nueva Galicia ofreciéndose de paz y pidiendo indulto para la sublevación.

Por otra parte, los soldados de México que acompañaban á Mendoza estaban fatigados de tan penosa

¹ *Documentos inéditos de Indias*, tomo III, pág. 369.

² «Dos que cogieron vivos, que los vido el visorey, y les hizo preguntas y no quisieron decir cosa alguna, y al tercero dia los aperreó, que fué el miércoles» — Relación de la jornada que hizo don Francisco de Sandoval Acaztili, cacique y señor que fué del pueblo de Tlahmanalco, provincia de Chalco, con el visorey don Antonio de Mendoza, cuando fué á la conquista y pacificación de los indios chichimecas de Juchipila — *Documentos de García Icazbalceta*, tomo II, pág. 307.

campana y más deseosos que de continuarla, de volver á la capital á disfrutar tranquilamente el fruto de la expedición; pues llevaban sólo de esclavos más de cinco mil que entre ellos había repartido Mendoza ¹.

Comprendió el virey que Oñate tenía razón en cuanto le decía, y dió la vuelta para México emprendiendo el camino por cerca de la nueva ciudad de Guadalajara, que en aquellos días comenzaba á poblarse y cuyos vecinos quedaron profundamente disgustados con Mendoza porque no accedió á visitar la ciudad.

Fortuna fué para los vecinos españoles de la Nueva Galicia, y sobre todo de la ciudad de Guadalajara, que todos estos grandes acontecimientos pasaran mientras el gobernador Francisco Vázquez de Coronado andaba en la conquista de Quibiria, porque si bien Coronado era hombre de prudencia y valor, no contaba seguramente con el temerario arrojo ni con la férrea constancia de que tan grandes pruebas dió Cristóbal de Oñate, el cual, además de esas cualidades, tenía en su abono el hábito guerrero que aquellas luchas de conquista en la Nueva Galicia le habían hecho adquirir, y el profundo conocimiento de sus soldados y de los del enemigo, circunstancia de grande significación y de importantísima trascendencia para el jefe que dirige una campaña ².

Don Antonio de Mendoza dejó confiada la completa pacificación de la Nueva Galicia á Cristóbal de Oñate, y en su camino para la capital de la colonia fué recibido por todos los pueblos como un triunfador.

En este viaje algunos, y otros colocándola en el año anterior, hablan la mayor parte de los historiadores de una gran cacería conque fué obsequiado don Antonio de Mendoza, al estilo mexicano, en una llanura entre Jilotepec y San Juan del Río. Más de quince mil indios rodearon aquella llanura, y ojeando á los brutos y fieras iban estrechando el círculo y proporcionando á los cazadores facilidad hasta para escoger la pieza que más fuere de su agrado; tan abundante fué la caza que sólo venados muertos se contaron más de seiscientos, sin enumerarse una multitud de lobos, coyotes, liebres, etc. Aquel llano por eso y desde entonces es conocido con el nombre del *Cazadero*.

En ese viaje de regreso fundóse por Mendoza la ciudad de Valladolid, hoy Morelia. Algunas dudas se han suscitado sobre si fué esa fundación antes ó después de la pacificación de la Nueva Galicia; pero no hay motivo para tal duda, supuesto que aun cuando Mendoza haya pensado en la fundación de la ciudad á su paso por el lugar y aun cuando se haya comisionado á Juan

de Alvarado, Juan de Villaseñor y Luis de Leon Romano para tomar posesión del sitio de la ciudad en el valle Guayángareo, como lo verificaron el 18 de mayo de 1541, todavía el 10 de setiembre de 1543 hay una disposición de Mendoza prorogando el término concedido á Juan Ponce para la traza y asiento de la ciudad de Valladolid. Y realmente, á la historia le basta decir que don Antonio de Mendoza ordenó la fundación de la ciudad de Valladolid, hoy Morelia, el 23 de abril de 1541; que el miércoles, 18 de mayo del mismo año, tomaron posesión del sitio y comenzaron á trazar la ciudad los comisionados, y que después aumentó paulatinamente en extensión, conforme fueron avencindándose allí los españoles.

La ciudad fundóse en un terreno que pertenecía á Gonzalo Gómez; diósele el nombre de Valladolid por ser el virey Mendoza natural de la que ese nombre lleva en España, y para distinguirla tanto de aquella como de la Valladolid de Yucatán, de la de Honduras y de la del Ecuador, llamósele siempre Valladolid de Michoacán ¹.

El 19 de setiembre de 1553 concedió el rey por armas á Valladolid un escudo dividido «en tres partes, »y en cada una de ellas una persona real vestida de «púrpura, en campo de oro, con su cetro en las manos ² »y por timbre y divisa una corona de oro encima del «dicho escudo, y en partes con algunos colores á «manera de piedras azules, encarnadas y verdes y por «orla unos follajes de negro y oro con sus trascoles y «dependencias.»

De la armada que Pedro de Alvarado dejó en el puerto de la Purificación, tomó el virey dos navíos, el *San Salvador* y el *Victoria*, y encargó á Juan Rodríguez Cabrillo una expedición para explorar las costas del mar del Sur ³.

Salió aquella expedición del puerto de Navidad el 27 de junio de 1542, pasó á las veinticuatro horas por el cabo de Corrientes, y por el día 10 de julio llegaron al puerto de San Lucas, doblaron por el norte, procurando siempre costear, y quizá hubieran avanzado mucho en sus descubrimientos, pero llegando á los 38° 40' el frío les obligó á retroceder.

En la isla hoy de San Bernardo desembarcó Juan Rodríguez Cabrillo y tomó posesión de la tierra en nombre del rey y de don Antonio de Mendoza, por lo cual le puso á aquella isla el nombre de Posesión.

Encontraron en todas aquellas expediciones y desembarcos algunos pueblos de indios, con los cuales tuvieron pocas relaciones, consiguiendo algunos datos

¹ MOTA PADILLA.—*Historia de la conquista de Nueva Galicia*, capítulo XXXI, párrafo II.

² Como prueba de la energía de Oñate, dice fray Antonio Tello: «Habiendo visto la determinación del gobernador, les pareció á algunos de los capitanes y soldados que no convenía que se hiciese »porque no sucediese al revés de lo que pensaban: oyéndolo el dicho »gobernador les dijo qué cobardía era aquella, y que cuando no »quisiesen salir abriría el fuerte para que entrasen los enemigos y »los acabasen como á cobardes y traidores á su Dios y rey.»

¹ *Bosquejo histórico y estadístico de la ciudad de Morelia*, por el licenciado Juan de la Torre.

² Esas tres personas reales representaban, según algunos, á Carlos V, á su hermano Maximiliano y á su hijo Felipe, que fué después Felipe II.

³ OROZCO Y BERRA.—*Apuntes para la historia de la geografía en México*, pág. 12.

geográficos. Cabrillo determinó invernar en la isla de la Posesión; pero como iba enfermo á resultas de una caída, de la que quedó con un brazo quebrado, agravoóse allí y murió el 3 de enero de 1543, encargando la dirección de la armada á Bartolomé Ferrelo, levantisco. Sus compañeros, por recuerdo de Cabrillo, pusieron por nombre á aquella isla Juan Rodríguez.

Aun siguieron expedicionando por aquellas costas hasta que las tormentas, maltratando mucho á los

navíos, les obligaron á volver á Nueva España, llegando al puerto de Navidad el 14 de abril de 1543 ¹.

Según dice Clavigero en su *Historia de California*, Cabrillo bautizó uno de los cabos de California con el nombre de Mendocino, en honor del virey don Antonio de Mendoza ².

¹ Relación del descubrimiento que hizo Juan Rodríguez navegando por la costa del mar del Sur al norte, hecha por Juan Pérez (julio de 1542).— *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIV, pág. 165.

² Libro II, párrafo II. *Historia de California*.